



VI

Poncio.

AL pie del atrio de la hermosa quinta
Que á Cinna preparó Poncio Pilato,
Claras, frescas y al par murmuradoras
Brotan las aguas en tazón de mármol;
Pero no puede su frescor nativo
Quitar el fuego á los candentes rayos
Del fulgurante sol de Palestina,
Que tuesta el cinamomo de los campos.

Un frondoso acebuche da su sombra
Al más bello lugar que tiene el atrio,
Y allí aletea el céfiro ligero,

Dulce por suave, y por lo tibio grato.
 Allí sentóse Antea con su esposo,
 Y éste, al tomarle con amor la mano,
 —¿No encuentras—preguntóle,—amada mía,
 Á tu intenso dolor algún descanso?
 —¡No!—con voz tenue respondióle Antea,
 Sus lindos ojos con pesar cerrando,
 Y todo en torno se quedó en silencio...
 El viento entre las ramas de aquel árbol
 Susurró levemente, y en sus hojas
 Filtró la luz del sol reflejos áureos,
 Abrió al fin sus pupilas cintilantes
 La dolorida joven, y habló al cabo:
 —Dime, Cinna, ¿no es cierto que aquí vive
 Un filósofo, un hombre extraordinario,
 Que es capaz de curar todos los males
 Y de dar la salud de su mandato?
 —Sí; le llaman profeta; de sus hechos
 Ya muchas maravillas me han contado:
 Da palabra á los mudos, luz al ciego,
 Resucita á los muertos...

—¿Hace tanto?

—Eso dicen las gentes asombradas,
 Muchas que vieron revivir á Lázaro;
 Mas yo no les doy crédito, no puedo
 Tomar como verdades los engaños.
 En el templo, á los graves sacerdotes

Ese nuevo profeta ha censurado,
 Y ya por esto, el pueblo, enfurecido,
 Ha tenido ante todos que acusarlo;
 Y ya el Procónsul condenóle á muerte,
 Y esta tarde va á ser crucificado.
 Pensando en ti yo quise que te viera,
 Y te hablo la verdad, pensé llamarlo,
 Mas ya es tarde..., hoy lo matan; sólo el tiempo
 Podrá ofrecer á tus dolencias bálsamo.
 —El tiempo sirve para hallar la muerte,
 Nunca para la vida, mi buen Cayo.—
 Y mirándose tristes los esposos
 Mucho tiempo en silencio se quedaron,
 Mientras el sol con vivos resplandores
 Desde el alto cenit bañaba el atrio,
 Y se escuchaba el canto de los grillos,
 Los músicos monótonos del campo.

Cinna miraba con tristeza á Antea,
 En sus profundos males meditando,
 Pues que todos los medios de salvarla,
 Á su juicio ya estaban agotados;
 Reducida á una sombra su belleza,
 Sin colores la faz, el cuerpo escuálido,
 Pronto en leve puñado de ceniza
 Podían trocarse todos sus encantos;
 Y Cinna imaginaba que veía

Aquel cuerpo, antes nácar y alabastro,
 Rígido, inerte, seco y amarillo,
 Como madera de oloroso sándalo,
 Conducido entre flores hasta un sitio
 Do quedara por siempre abandonado.
 «Y yo habré de seguirla hasta la tumba»,
 Dijo el esposo con desdén amargo.
 Á ese tiempo, rompiendo aquel silencio,
 Oyéronse á los lejos unos pasos;
 Convulsivo temblor sacudió á Antea
 Y se escapó un gemido de sus labios;
 Sus pupilas buscaban el vacío,
 Al fantasma creyéndolo cercano.
 —¿No lo ves?—dijo á Cinna.

—Nada temas—

Le respondió tomándole las manos,—
 No es el fantasma horrendo que te acosa;
 Mira, es Poncio, que allí viene á buscarnos.—
 Y en efecto, en la esquina de la calle
 Apareció el Procónsul; dos esclavos,
 Como dós sombras que proyecta un cuerpo,
 Le custodiaban con afán los pasos.
 —Salud á ti; y á ti, divina Antea,—
 Dijo á los dos, su cuerpo aproximando.—
 A una serena noche, breve y fresca,
 Ha sucedido un día tibio y claro;
 Que él os traiga venturas á millares,

Del bello sol á los brillantes rayos,
 Y que muy pronto tu salud florezca
 Cual los romeros y jacintos blancos
 Que adornan ese sitio en que descansas
 Hoy tan enferma y con el rostro pálido.
 —Salud y paz á ti—replicó Cinna.
 Luego el Procónsul apoyóse un rato,
 Y con voz sentenciosa y resonante
 Así dijo, los ojos entornando:
 —La soledad engendra la tristeza,
 Solos tememos y también lloramos;
 ¿Queréis seguir, amigos, un consejo?
 Aquí no existen circos ni teatros,
 No estamos en Cesárea ni Antioquía;
 Si los hubiera, el pueblo, que es fanático,
 El mismo día los tornara en ruinas;
 Aquí no existe más, amigo Cayo,
 Que un ciego culto por la ley divina,
 Cuanto halléis de otras cosas lo ven malo.
 Yo, mejor que vivir en esta tierra,
 Me fuera á Escozia, porque ya me canso
 De ver tanta barbarie; id á otro punto;
 Es el consejo que me atrevo á daros.
 —¿Que estás diciendo, Poncio?—agregó Cinna.
 —Lo que escuchas; aquí todo es amargo;
 Perdonadme que os hable con franqueza
 Y tolerad también estos descargos.—

34980

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

Era Poncio un sujeto ya no joven,
De rostro mofletudo y encarnado,
En que ostentaba gravedad solemne,
Triste expresión y natural cansancio.

—Hoy—agregó,—si os gusta distraeros,
Podéis ambos mirar un espectáculo
Conmovedor, y el único que ofrece
Esta ciudad á los que están de paso;
Hoy vais á ver crucificar tres hombres;
Está la Pascua próxima; han llegado
Gentes de muchas partes, que ya ofrecen
Un conjunto tan nuevo como raro;
Y haré, si queréis verlos, que os aparten
Un sitio que sea cómodo y cercano.
Los tres han de morir valientemente;
Hay uno de ellos dulce, afable, cándido
Como paloma; nunca ha cometido
Delito que merezca el castigarlo;
Protesta ser el hijo de Dios vivo,
Y esto causa doquier burlas y escándalos;
Sé bien que por ninguno de sus hechos
Merece ser á muerte condenado.
—¿Y tú le condenaste?

—No quería,

Y mil medios probé para salvarlo;
Las avispas del templo le detestan,

Y cuando todas ellas maliciaron
Que yo ya me inclinaba á la indulgencia,
Enfurecidos contra mí, pensando
Que le iba á perdonar, todos vinieron,
Y ante mí, «¡Crucificalo!», gritaron,
Y yo le condené, pero á la fuerza;
Seguro estoy de que si tal no hago,
Van al Emperador y se querellan
En mi contra, y me acusan; ¡son muy malos!
Además, aunque el hombre es inocente,
Me cabe este consuelo: no es romano.—
Oyendo esta disculpa del Procónsul,
Antea suspiró y dijo:—Sin embargo,
Por eso no ha de amar ni sufrir menos
De cuanto amen y sufran los romanos.

El Procónsul calló, pero en su rostro
Las contracciones descubrieron claro
Una violenta lucha sostenida
Dentro de sí justificando el acto;
Y devolver la paz, la paz querida
Desde aquellos momentos á su ánimo.
Luego agregó:—No excuso en modo alguno
Que el que me habla de ese hombre infortu-
[nado;
De la sentencia que dicté en su contra,
Me entristece y me deja muy amargo.

Creo que la mejor guía de la vida
 Es la moderación en nuestros actos;
 Se le somete el hombre en todas partes,
 Pero aquí no; con la verdad os hablo.
 Esta inquietud constante de mi espíritu,
 Y de los hombres el carácter vario,
 Y la naturaleza tan mudable,
 Sólo me dan el tedio y el cansancio.
 Id á la ejecución; estoy seguro
 De que ese Nazareno ha de asombraros,
 Porque sabrá morir heroicamente;
 Yo del suplicio pretendí librarlo
 Haciéndole azotar: juzgadme duro,
 Cruel, sin compasión, infame acaso,
 Pero lo hice azotar para salvarle
 De la rabia del pueblo. Y él, en tanto
 Que flagelaban sin piedad sus carnes,
 Se mostró dócil cual cordero manso;
 La sangre le corría por el cuerpo,
 Y sus carnes saltaban en pedazos,
 Y él, con los ojos fijos en el cielo,
 Con frases compasivas en los labios,
 Imploraba perdón para los fieros
 Verdugos que lo estaban flagelando.
 Sin duda, os lo aseguro, nunca he visto
 Hombre más bueno y más extraordinario.
 Mi mujer sufre mucho, está intranquila

Y me censura haberlo condenado,
 Diciendo que dar muerte á un inocente
 Es el crimen más negro y más nefando.
 Dos veces he subido á la tribuna
 Para aplacar al pueblo; todo en vano;
 La plebe, más rabiosa al escucharme
 Gritaba: «¡Crucifícale!», y ¡oh Cayo!
 Ante la multitud desenfrenada
 Tuvo al fin que ceder Poncio Pilato.
 Si no hubiera cedido, hoy estaría
 Jerusalén en armas levantado,
 Y á pesar de mis grandes sufrimientos,
 Mi más noble deber era evitarlo.
 Al bien público, gloria de los pueblos,
 Al Nazareno yo he sacrificado,
 Pero al fin es, ya veis, un extranjero
 Y nadie ha de pensar en ampararlo;
 El pobre nada más tiene la culpa
 De no nacer en Roma, amigo Cayo.
 —Pero el sol—dijo Antea—¿únicamente
 Les da luz y calor á los romanos?
 —El sol, divina Antea—dijo Poncio,—
 Nuestro poder doquiera está alumbrando;
 No me pidas que indulte al Nazareno,
 No podría concedértelo. El muy alto
 César puede indultarlo únicamente,
 Yo, imposible..., imposible en todo caso.

—Es preciso saber—murmuró Antea,
Padecer y morir sin culpa.

—¿Cuántos—

Poncio le replicó—viven sin culpa?
¡Somos culpables todos los humanos!
Pero ese Nazareno, ciertamente,
No es culpable, ni yo he de confesarlo;
De los muchos delitos que le imputan,
Yo de Procónsul me lavé las manos,
Y sus mil enseñanzas las condeno
Cual lo hace en Roma todo ciudadano.
Con él he conversado largamente,
Me he detenido atento á examinarlo,
Y afirma cosas que ninguno entiende,
Que incomprensibles son en alto grado;
Por ejemplo: sostiene que la vida
Tiene un objeto en la razón fundado;
Que al César hay que dar lo que es del César,
Y á Dios lo que es de Dios; que como her-

[manos

Han de amarse los hombres en la tierra;
Que dar cuanto se tiene al que está escaso
De fortuna y de pan, obliga al rico;
Que el pobre vale más con sus harapos
Que el rey cuando se sienta sobre el trono
Y cubre el cuerpo con purpúreo manto;
Que la única nobleza está en el alma;

Que el que más teme á Dios es el más sabio,
Y que la caridad en todo tiempo
Es la prenda mejor para salvarnos.
Todo eso dice ese hombre. Los estoicos
Enseñan al que sufre á resignado,
Pero nunca pretenden que renuncie
Á lo que el mundo ofrece bello y grato,
¿Qué diríais de mí, cómo juzgarme
Si me viereis mañana, amigos caros,
Dar parte de mis bienes á esas gentes
Sin pan, sin lecho, sin hogar, sin campo,
Que en la Puerta del Sol cada mañana
Se calientan al sol, perpetuos vagos?
Pues todo eso lo predica este hombre,
Y pretende que hebreos y romanos,
Los del Egipto y África, se quieran
Como las ramas de potente vástago,
Y dice que ante Dios somos iguales,
Que la paz y el perdón son los más santos
Tesoros de la vida, y quien no sabe
Refrenar sus pasiones, no está salvo.
Lo que dice practica; enseña y ora;
Es, en verdad, un hombre extraordinario.
Hijo de Dios ya os dije se proclama,
Y así va por doquiera derribando
Los principios que son fundamentales
De la fe que nosotros profesamos,

Y en vez de hacer los bienes que pretende,
 Hace á la humanidad constantes daños.
 Que piense como quiera y no se eleve
 Hasta maestro de sus propios actos,
 Y quiera destruir nuestras ideas
 Porque sólo lo suyo juzgue sano.
 Yo protesto de todas sus doctrinas,
 No tengo fe en los Dioses que adoramos;
 Pero lo sé, la religión es útil,
 Es un freno sin par para los malos.
 Y por eso ante el público profeso
 La que al nacer aquí nos enseñaron;
 Además, ese pobre Nazareno
 No le teme á la muerte en ningún caso,
 Pues asegura á todos con firmeza
 Que ha de resucitar... ¡Hombre más raro!—
 Al oír tales frases, Antea y Cinna
 Se vieron con asombro, y preguntaron
 Los dos á un tiempo al sentencioso Poncio:
 —¿Y resucitará?

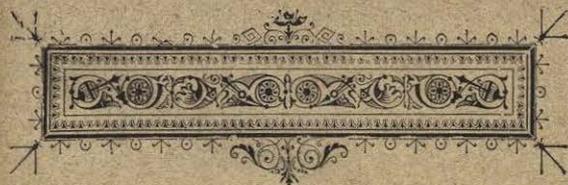
—Lo ha asegurado,
 Diciendo que ha de ser á los tres días
 De que lo hayan envuelto en el sudario.
 Sobre ese punto, yo nunca he querido
 Interrogarle nada; porque es claro,
 La muerte salva de cualquier promesa
 Y si no resucita, habrá quedado

En acuerdo mayor con su doctrina,
 Que enseña sin doblez á los humanos
 Que la dicha más grande y verdadera
 Se halla en la vida eterna. Sus aliados,
 Sus secuaces, lo afirman y predicán
 Con una convicción que asombra al ánimo.
 Según él, en su reino, que asegura
 No es de este mundo, brilla un sol más claro,
 Más luminoso que el que todos vemos
 Darle vida y calor al mar y al campo,
 Que cuanto más el hombre sufra y lllore,
 Gozará allí más dichas, y que el santo
 El único deber en esta vida,
 Es amar, amar siempre y sin descanso;
 «Amar», «Amar», «Amar», es su doctrina...
 —¡Que extraña!—dijo Antea suspirando.
 —Y siendo tan extraño—agregó Cinna,—
 «¡Crucificadle!», gritan.

—No es extraño;
 Que no os admire; entre la plebe nace
 Y vive el odio: el odio más amargo,
 Y ése pide la cruz únicamente
 En cambio del amor—dijo Pilatos,
 Tocóse Antea la frente con un dedo
 Y dijo:—¿Piensa el hombre sentenciado
 Que sólo allá en la muerte ha de gozarse
 Esa felicidad que aquí no hallamos?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Apto. 1025 MONTERREY, MEX.

¡Qué sublime es su fe!—le dijo á Cinna.—
 ¡Ah! si fuese verdad! Mas digo, Cayo,
 ¿Como puede saberlo el Nazareno?
 —Varias veces él mismo lo ha explicado:
 Lo sabe por el Padre de los hombres
 El Dios de los hebreos; lo comparo
 Á Júpiter el nuestro; pero agrega
 Que es el único eterno y bueno y sabio.
 —¡Ah, si fuese verdad!—repitió Antea.
 Cinna quísole al punto decir algo,
 Pero calló en seguida; mientras, Poncio
 Estaba reflexivo, meditando
 Sus juicios sobre todas las doctrinas
 Del triste Nazareno, y á intervalos
 Levantaba los hombros, sacudiendo
 La cabeza, moviendo las dos manos,
 Como asintiendo á solas á sí mismo;
 Después, para marchar, avanzó un paso.
 Antea se alzó y dijo de repente:
 —Yo quiero ver al Nazareno, Cayo.
 —Pues daos prisa—respondióle Poncio,—
 Que ya están el cortejo organizando
 Que ha de llevarlo hasta la cruz; marchemos.
 —Yo quiero ver al Nazareno.
 —Vamos.



VII

Alboradas de fe.

EL sol, radiante y fúlgido en la aurora,
 Llegó al cenit opaco y macilento;
 De las nubes oscuras y rojizas,
 Auras de tempestad subían corriendo,
 Y por el Occidente, algunas franjas
 Del cielo azul, allá, lejos, muy lejos,
 Resplandecían bajo la luz dorada
 Del sol; pero las nubes, ascendiendo,
 De un negrísimo manto impenetrable
 El espacio después habían cubierto.
 Sobre Jerusalén el cielo estaba
 Diáfano, limpio, refulgente y terso,
 Y ni el más leve suspirar del aire
 Levantaba la arena de su suelo.